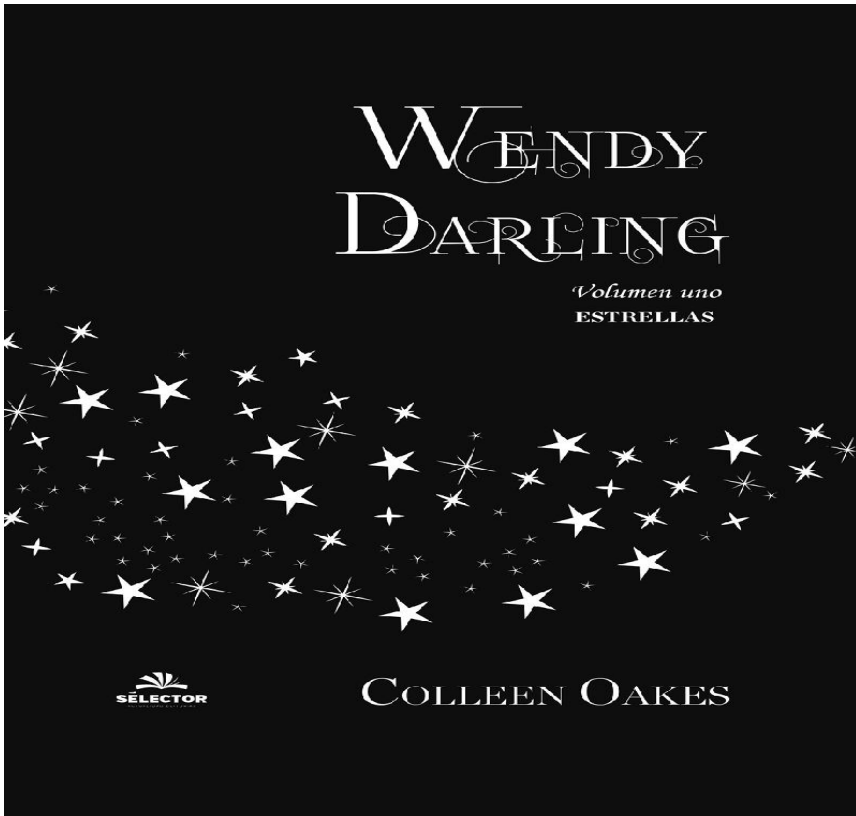




WENDY DARLING

Volumen uno
ESTRELLAS

AUTORA DEL BEST SELLER *REINA DE CORAZONES*
COLLEEN OAKES



Wendy Darling

Colleen Oakes

© 2016, Colleen Oakes. Esta traducción se publica bajo acuerdo con SparkPoint Press, una división de SparkPoint Studio. Todos los derechos reservados.

D.R. © Selector S.A. de C.V. 2015

Doctor Erazo 120, Col. Doctores,

C.P. 06720, México D.F.

D.R. © Lara Zankoul, por la foto de portada

D.R. © Carolina Lewis y Lola Horner, por la traducción

ISBN: 978-607-453-372-9

Primera edición: marzo de 2016

Consulte nuestro aviso de privacidad en

www.selector.com.mx

Características tipográficas aseguradas conforme a la ley. Prohibida la reproducción parcial o total mediante cualquier método conocido o por conocer, mecánico o electrónico, sin la autorización de los editores.

Impreso en México

Printed in Mexico

ÍNDICE

[Preludio 9](#)

[I 11](#)

[II 27](#)

[III 47](#)

[IV 69](#)

[V 87](#)

[VI 99](#)

[VII 107](#)

[VIII 121](#)

[IX 139](#)

[X 159](#)

[XI 179](#)

[XII 197](#)

[XIII 209](#)

[XIV 229](#)

[XV 245](#)

[XVI 269](#)

[XVII 277](#)

[XVIII 295](#)

[XIX 313](#)

[XX 325](#)

[XXI 339](#)

[Agradecimientos 369](#)



—Mamá, ¿hay algo que nos pueda hacer daño aun con las
lmparillas de noche encendidas?

—No, mi vida —dijo ella—, son los ojos que una madre
deja para proteger a sus hijos.

Ella fue de cama en cama y el pequeño Michael le trenzó
los brazos en el cuello.

—Mamá —exclamó—, estoy contento de tenerte.

Fueron las últimas palabras que le escucharía pronunciar
durante mucho tiempo.

J. M. Barrie, *Peter Pan*



Para Maine: eres mi Sol, la Luna y todo lo que hay entre
ellos

PRELUDIO



SE APROXIMABA.

La habían llamado y ahora se aproximaba. Podían sentirla en el trepidar que reverberaba en las puntas de sus alas, debajo de sus cuerpos. Cada segundo era para ellos como el transcurso de toda una vida. El viento cambiaba conforme ondeaba entre ellos y ahora la brisa soplaba en forma de remolino. El polvo escurría de la puntas de sus alas y podían sentirlo salir de sus venas, la fuerza y el amor, un constante fluir dentro y fuera, fuerza y amor, fuerza y amor, cada vez más con cada mínima respiración.

El suelo debajo de sus pies resplandecía. Sus propiedades cristalinas hacían palidecer el brillo de los diamantes que los humanos veneraban de forma innecesaria. Sus pulgares

estaban cubiertos de polvo; levantaban sus brazos y sus voces en conjunto, la multitud de cuerpos pulsaba y respiraba como si fueran una sola mente, como si reanimaran a su abatida hermana con una canción. Cantaban a su cuerpo asentado por siempre en las estrellas, para que sus alas descansaran luego de su largo viaje a través del gran cielo nocturno. Ella se levantó por encima de la multitud. Los años le escurrían de la punta de sus dedos como el agua escurre de las hojas. Su cuerpo hacía espirales y se estremecía ante la belleza de su gesto. Los árboles de roble y de campanilla inclinaban sus copas hacia la melodía, e incluso el cielo parecía doblarse sobre sí mismo de lo bella que era su canción.

Se aproximaba. Podían sentirla, podían sentir su aliento, su llegada como el oscuro cielo que sobreveníía antes del sueño profundo. La canción barrió entre los árboles haciendo sonreír apacible a cada vida en Nunca Jamás, sin que supieran exactamente por qué, pero agradecidas por esta inesperada chispa de felicidad. Sus orejas giraban para escuchar la melodía que salía de sus propios corazones, aunque también de alguna otra parte. Sus voces esculpieron la canción de cuna conforme ella se alzaba ante ellos. Una vida tan intensamente vivida, una entrega tan dulce. Tan ensimismados estaban en su canto, que no percibieron el suave crujir de las ramas debajo de sus pies. No se dieron cuenta de los ojos que vigilaban entre los árboles. No sintieron que unos oídos se inclinaban curiosos hacia su hermoso canto fúnebre.



Londres, agosto de 1911

—MÍRALA, ESTÁ JUSTO AHÍ. ¿Puedes verla? Es la segunda estrella de la derecha.

Wendy Darling entrecerró sus ojos color avellana y forzó la vista para encontrar la estrella. Las motitas violeta que adornaban sus iris se iluminaron con el brillo de la luna.

—Todavía no la veo, papá.

El señor Darling estaba completamente inclinado sobre la ventana de la habitación. Su bata roja ondeaba sobre su pijama de franela con el frío viento londinense. Señaló exas-

perado:

—Aquí, aquí, Wendy. Siéntate aquí. No estás viendo bien, lo que pasa es que no observas del modo correcto.

Jaló a su hija para que estuviera más cerca y le envolvió la mano pálida en la suya helada para apuntar hacia el cielo.

—Si cierras un poquito los párpados y miras con mucha atención, la verás. Está justo sobre Cygnus, arriba de Lyra.

Wendy apoyó sus manos sobre el marco de la ventana y se inclinó fuera todo lo que pudo. Sus ojos buscaron en el cielo punteado de estrellas que se alzaba por encima del Big Ben, apenas visible en la distancia. Las calles oscuras de Londres yacían fuera delante de ella. Las luces del dormitorio brillaban entre las sombras, las farolas se encendían luego de una tarde neblinosa como los mástiles de un gran barco.

—Ten cuidado —murmuró su padre, mientras observaba a su única hija inclinarse demasiado sobre la orilla de la ventana, como solía hacer siempre, un poco más lejos de lo que podía ser considerado seguro.

Wendy cerró los ojos para sentir el cortante viento nocturno que acariciaba sus labios y sus mejillas, y lograba colarse por debajo de su fino camisón.

—Cuidado, niña, no queremos que tu madre se...

—¡WENDY MOIRA ANGELA DARLING! —un chillido estridente irrumpió en la habitación, y Wendy se encogió de miedo con las manos apretadas sobre el marco de la ventana.

Su madre solía entrar a la habitación en plena histeria y parecía que entre más crecía Wendy, más la regañaba. Su madre arrasó como una tormenta a través del dormitorio, recogiendo a su paso ropa, juguetes, pateando cajones, arrojando objetos en contenedores y tirando de las cortinas.

—Aléjense los dos de esa ventana de inmediato, que te vas a caer y a partir la cabeza.

Con tristeza, Wendy bajó del alféizar de la ventana y su padre se rascó la cabeza ansioso, como siempre que su ma-

dre estaba cerca.

—George Darling, ¡cómo te atreves a dejar que tu hija se cuelgue de la ventana como un animal salvaje!

—Pero si apenas estaba inclinada, Mary. Sólo estábamos buscando...

—Ya sé lo que estaban buscando. La dichosa estrella. A nadie le importa, George. Es un invento de tu imaginación.

Ella pasó al lado de su esposo y azotó enfurruñada las hojas de la ventana para cerrar. Sus amplios pechos rebotaron con el esfuerzo. Una vez que la ventana estuvo bien cerrada fue a alisar las camas antes de voltearse nuevamente hacia su hija y su esposo. Wendy miró hacia el piso, decepcionada, y se cruzó de brazos.

—Sólo me la estaba mostrando, madre. No estaba tan inclinada.

George, como siempre, pacificador, tomó del brazo a su esposa, quien parecía estar permanentemente nerviosa y le dijo con tono afectuoso:

—Mi querida Mary, sólo estábamos mirando. Pobre de ti, siempre estás trabajando, cielo. Te amo, mi vida. ¿Ya tomaste algo para tus nervios?

La señora Mary Darling miró a su esposo con detenimiento antes de dejar que estrechara su cuerpo de almohadón contra el suyo. Aún cuando el padre fuera un poco distante y la madre un poco fastidiosa, el amor que compartían ambos siempre se sentía sincero, y Wendy no pudo hacer más que sonreír mientras ellos se abrazaban. Su padre pasó con delicadeza los dedos entre la cabellera de su madre. Además de los lustrosos caireles de brillo color café y miel que caían a ambos lados de su rostro, no había nada que fuera asombrosamente bello en Mary Darling... excepto por el hecho de que había tenido unos niños muy hermosos. Wendy se dio cuenta de esto mientras miraba a su madre.

—No estaba muy inclinada, sólo estaba mirando, mamá. Y yo sí creo en la estrella de papá. Él dijo que la vio el año pasado también.

—Sí, sí, todos la vimos el año pasado.

Su madre mentía y Wendy tuvo el presentimiento de que tal vez, conforme se hiciera mayor, mentir acerca de la estrella de papá sería cada vez más difícil. Pero ella la había visto hacía un año, ¿o no? Recargada contra su esposo, Mary Darling continuó dando advertencias acerca de los peligros de una ventana. Wendy lo miró y vio la manera en que su madre se apoyaba en él, vio el ligero temblor de sus manos y la incertidumbre de sus pies. Wendy se quiso sentir protectora y se sintió impelida a echar sus brazos en torno a la cintura de su madre para distraerla.

—Lo siento, mamá. Es cierto, estaba demasiado inclinada sobre el borde de la ventana.

Mary Darling se permitió dar un ligero beso en la cabeza de su hija, y Wendy percibió el aroma a jabón de limón que perfumaba la piel de su madre.

—Gracias, mi amor. Me alegra que alguien en esta habitación sea capaz de conservar su buen juicio —con una mirada dura a su esposo, Mary besó nuevamente la cabeza de su hija antes de retroceder—. Voy abajo a pedirle a Liza que ponga el servicio de té y lo traerá en unos minutos más. Es momento de irse a la cama, Wendy. Los chicos subirán enseguida y tu padre no tiene tiempo para jugar. Tiene trabajo qué hacer todavía —le dirigió a George *la mirada* y aclaró—: trabajo que no tiene nada que ver con las estrellas.

Wendy resistió lo más que pudo las ganas de enseñarle la lengua a su mamá, pero, en cambio, asintió sumisa como la buena hija que siempre había sido.

—Y tú, que ya tienes dieciséis años, deberías estar completamente concentrada en tus estudios y en aprender las reglas de etiqueta, para que podamos encontrarte una pareja adecuada cuando llegue el momento. Tu mente debe estar en los libros, no en las estrellas.

Con esas palabras la madre de Wendy dejó la habitación, y ella y su padre escucharon el eco de sus pasos que baja-

ban las escaleras hacia la cocina. Los ojos almendrados de Wendy se encontraron con los ojos azules de su padre, que brillaban con un resplandor de travesura.

—No debimos, ¿verdad?

—No, no debimos.

Sin decir una palabra más, ambos corrieron de nuevo a la ventana, abrieron las hojas decoradas con orlas de hierro. Esta vez Wendy estuvo más atenta a la brusca caída bajo la ventana y al pequeño jardín que había allá abajo. Era una caída que fácilmente podía matar a un niño o podría quedar clavada en los postes de la cerca allá abajo. Wendy sacudió su cabeza y sintió cómo el rubor llenaba sus mejillas. “¡Qué pensamiento tan terrible!”. Su padre la tomó de la mano y señaló en dirección al cielo nocturno.

—Muy bien, Wendy, esta vez sí tienes que verla. Observa con cuidado. Ahí está la constelación de Cygnus. Mira encima de ella, media pulgada, y después como una pulgada más arriba, hacia la derecha. Verás la primer estrella y luego...

—¡Ahí está! ¡PUEDO VERLA! —las palabras de su mamá habían quedado olvidadas por completo y Wendy estaba totalmente inclinada sobre el alféizar de la ventana. Su padre la sujetaba con suavidad de las costillas, a la altura de la cintura.

—¡LA VEO! ¡Ahí está! —a un lado de su índice tembloroso había conseguido ver algo, un resplandor, una sombra de luz que se movía. Le había parpadeado por un instante y se había ido. Había sido como el truco de manos de un mago. Pero ella lo había visto, ¿o no? Con toda certeza había algo que se le escapaba justo ahí, en esa esquina oscura del cielo donde noche tras noche no parecía haber ninguna estrella. Era lo mismo que había visto el año anterior, y ella se había pasado el año entero preguntándose si en realidad la había visto. Ahora de nuevo se había ido.

—Pero... ¿cómo? La vi, sé que la vi, pero...

George Darling se tomó la barbilla, pensativo, y dijo:

—No estoy seguro, pero he podido verla una vez cada año, durante los pasados tres años, desde que la he estado estudiando. Esta estrella, Wendy, se revela sólo unos cuantos días cada año, y nunca durante mucho tiempo. Las nubes deben estar justo en su punto. No he podido encontrar explicación de esto en ninguno de mis libros de astronomía, ni en los mapas que he consultado. Estoy preparando un artículo para Reid, mi colega en la Universidad de Oxford —le hizo un gesto cariñoso y acarició su cabeza—. Bueno, por lo menos lo he estado preparando. De cualquier manera debe tratarse de un fenómeno científico y estoy resuelto a concentrar mi carrera en ello.

—¿Pero qué hay de la firma? —preguntó con tono burlón. Su padre no era un científico, y eso lo desilusionaba. Él era un contador de la bulliciosa firma de abogados que se hallaba calle abajo, cerca de donde vivían. Un buen trabajo, como su madre constantemente le recordaba. George Darling miró con tristeza hacia las azoteas de aquel vecindario de Londres.

—Claro, la firma, tienes razón. La firma es importante —dijo, pero por el modo en que lo había dicho Wendy podía estar segura de que la firma no importaba ni un poquito. Bajó la mirada, tímida, dando pequeños golpecitos con la punta de sus pantuflas en el filo de la ventana.

—¿Qué tan rápido la encontró John?

Esperaba que su padre le dijera que John no había podido ver la estrella, que era algo que sólo compartían ellos dos, era su única hija, la mayor, su relación debía ser especial. Pero por supuesto no era tal el caso.

—¡Uy, rapidísimo! John la vio temprano por la mañana, antes de que te levantas. Antes, incluso, de que saliera el sol. De hecho la encontró por sí solo, ¡ni siquiera tuve que ayudarle!

Un conocido sentimiento de decepción inundó el pecho de Wendy. John siempre estaba tras los talones de su padre. John, el galardonado, el de inteligencia nata. Los ojos

de su padre se encendían con el simple sonido de su nombre.

—Por cierto, ¿dónde está John? —cuestionó el señor Darling.

—Está bañando a Michael, esta vez le tocaba a él —le informó Wendy.

—Hmm... —su padre dio pasos atrás y se cerró la bata roja sobre su pijama de franela—. Bueno, tengo que ir con tu madre. Ella probablemente ya se fue a la cama y, de ser así, tal vez tenga pesadillas acerca de niños que se caen por la ventana de su cuarto.

Wendy dejó su lugar junto a la ventana y la cerró.

—Gracias por mostrarme, papá.

—No hay de qué, mi amor —dijo y dirigió a Wendy una sonrisa distraída—. Por favor, cuando John vuelva dile que vaya a mi estudio, ¿sí? Le pediré que me ayude con un mapa estelar en el que estoy trabajando.

Por estudio, su padre se refería al dormitorio extra, abarrotado de cartas de navegación e ilustraciones de estrellas, con calcetines secándose por todos lados y móviles de planetas que colgaban sobre la cabeza, libros de ciencia volteados y abiertos por la mitad, con sus páginas arrugadas y saturadas de notas escritas a mano.

—Sí, papá.

George Darling se dio la media vuelta y dio una palmadita a Wendy en la cabeza y le acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Buenas noches, Wendy querida.

Abandonó el dormitorio de los niños y dejó la puerta entreabierta, de modo que la luz del pasillo se filtraba hacia el interior e iluminaba las camas de sus hermanos, las sábanas de rayas azules y la pesada cobija de lana encima. Sus camas siempre estaban desordenadas a pesar de que Liza las tendía cada mañana. La cama de Wendy, que había sido puesta al otro lado de la habitación el año pasado por su padre en un momento de enojo, se hallaba mucho más cer-

ca de la ventana. De modo que ahora Wendy podía mirar las estrellas desde su cama, podía observar su lento paso a través del cielo nocturno. Podía mirar la nieve que caía en interminables copos, o el vuelo ocasional de una hoja desprendida por el otoño que cruzaba por el marco de la ventana.

En invierno, no obstante, aquella era la parte más fría de la habitación, y con frecuencia se había descubierto a sí misma pasándose a la cama de Michael, se acurrucaba contra su cuerpecito tibio y regordete, y hacía a un lado a su osito de peluche, Giles; le encantaba meter los pies helados entre sus cobijas tibias. Su cama siempre olía a niño pequeño, una mezcla de mugre, galletas y lombrices de tierra, sin embargo, Wendy no dormía tan profundo como cuando abrazaba a su hermanito y lo acurrucaba contra su pecho, debajo de su barbilla, sintiendo su tibia respiración en su cuello. Por la mañana, antes de que John se despertara, ella trataba de regresar a su propia cama sin hacer ruido, deseando no ser vista por el gesto criticón de su hermano que la miraba desde el otro extremo de la habitación.

—¿Estabas asustada, Wendy?

—No, sólo tenía frío.

—Oh, sí, claro.

Pero no por sus maliciosos comentarios iba a recorrer su cama lejos de la ventana. Eso sería alejar de ella a las estrellas, y eso simplemente no se lo podía permitir. Además, no eran sólo las estrellas lo que Wendy veía desde su ventana. También había una pequeña tienda, calle abajo, y una cama que ella sabía instalada en el ático de aquel edificio. Wendy miró por encima de su hombro para asegurarse de que no viniera nadie y buscó debajo de su cama la carta que ya había leído cuatro veces ese día. Una vez más no haría daño a nadie. Sus manos abrazaron el papel y lo desdoblaron suavemente. El fino papiro se arrugaba entre sus dedos. Se llevó la carta a la nariz esperando que aún tuviera su olor.